

LINI M. DE VRIES

MEMORIAS

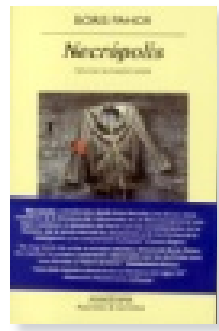
Publicado por vez primera cuatro décadas atrás, *España 1937. Memorias* (UV), de la estadounidense Lini M. De Vries, presenta las vicencias en la línea de fuego de una enfermera que se incorporó con la Brigada Lincoln a la causa republicana durante la Guerra Civil. Cuenta cómo llegó a dicho frente y evoca una aventura que comenzó en los años 20. Testimonio de enorme valor, constancia de los hechos, el libro de De Vries guarda la sencillez de una época clara.



BORIS PAHOR

DEL HORROR

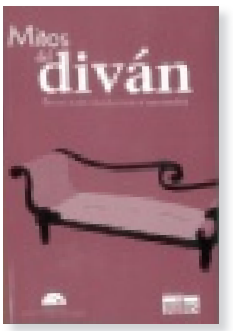
A sus 97 años, Boris Pahor ha cobrado celebridad por el rescate, debido a Claudio Magris, de sus memorias como recluso en campos nazis de trabajo y muerte. La obra *Necrópolis* (Anagrama) recupera el punto de vista de este combatiente antifascista que sobrevivió gracias a su tarea como intérprete médico. Esloveno y triestino, Pahor reivindica su cultura y cuestiona el pasado y el presente. La precisión descriptiva otorga un valor adicional a sus palabras.



ALEXIS SCHRECK ET AL.

VERDADES EN EL DIVÁN

A cargo de especialistas formados en la academia o la clínica, *Mitos del diván* (Otras Inquisiciones) se presenta como una guía divertida que va tumbando todos esos mitos contruidos alrededor de esta ciencia con más de un siglo de vida. De manera ingeniosa, cada uno de los temas se presenta con un cartón aleccionador, inspirado precisamente en esas leyendas urbanas encargadas de enaltecer o denostar las virtudes del psicoanálisis.



Sergio González Rodríguez

Bonnie, escritora en fuga

REFORMA/ Staff

Junto a su amante, Clyde Chestnut Barrow, Bonnie Parker se convirtió en toda una leyenda por su actividad delictiva en los años 30.

La banda comandada por Bonnie y Clyde mantuvo a la policía en alerta por dos años; mató, secuestró y robó en varias ciudades de Estados Unidos durante la gran depresión.

Finalmente, los amantes cayeron abatidos por las balas de la policía de Luisiana el 23 de mayo de 1934, pero hasta hoy perdura su leyenda como la pareja de delinquentes más famosa de la historia, un amor a salto de mata, incondicional y excitante.

Una historia que traspasó los registros policíacos, con un acervo de fotografías, poemas y cartas que ahora publica Alpha Decay: *Wanted Lovers. Las cartas de amor de Bonnie & Clyde*.

Tras 75 años, el FBI desclasificó el archivo del caso: más de mil páginas con los detalles de la investigación, fotografías, cartas, poemas...

De ese archivo proceden los materiales de *Wanted Lovers*: cuatro cartas y tres poemas firmados por Bonnie Parker; tres cartas de Clyde e imágenes poco conocidas de ambos.

Clyde, a quien se le atribuyen por lo menos 12 asesinatos, mostró desde sus primeros años "habilidad" para el robo; mientras que a Bonnie, una chica delgada, rubia y de ojos azules, ya en sus años tempranos le gustaba escribir poemas, con los que llegó a ganar algunos concursos literarios en la escuela.

A los 19 años, con un marido en la cárcel y un trabajo de camarera, Bonnie era una chica solitaria y aburrida, por lo que cuando conoció a Clyde se enamoró del muchacho de 20 años que daría un giro a su vida.

Al mes de conocerse, Clyde fue a parar a la cárcel y esa relación amorosa que apenas comenzaba continuó en forma epistolar.

"Bonnie escribió a Clyde con tesón y profundo afecto durante los primeros meses que éste pasó en la cárcel. Su primera carta que se conserva lleva fecha del 14 de febrero de 1930", señala Ana S.

Pareja en el prólogo de la edición.

"Cielo, cómo me gustaría pasar la noche contigo. Te echo tanto de menos, amor mío. ¿No te gustaría que pudiéramos estar juntos? Cielo, no me di cuenta de lo mucho que me importabas hasta que te metieron en la cárcel. Y si consigues salir pronto, cielo, por favor, no les des ningún motivo para que te enchirren de nuevo", escribe Bonnie. "¿Sabes? Nunca se me pasó por la cabeza quererte. Tú solito me engastaste. Y ahora no sé cómo arreglármelas sin tí".

Las cartas fueron cada vez menos hasta que Bonnie dejó de escribir; sin embargo, se reanudaron a finales de 1930 y Clyde la convenció de que pronto dejaría la prisión.

"Cariño te quiero más que a mí mismo; que me hayan caído catorce años no significa que vaya a quedarme aquí para siempre. Madre fue a Waco a hablar con el juez. Le dijo el juez que la ayudaría a que me redujeran la condena a dos años. Si todo sale como espero, no voy a tener que vivir lejos de mi niña por mucho tiempo", escribió Clyde.

Eastham Farm, conocida entonces como la penitenciaría más insalubre de Estados Unidos, marcó para siempre a Clyde, pues fue ahí donde presuntamente cometió su primer asesinato y, al recuperar la libertad en febrero de 1932, pasaría de ser un ladrón de poca monta a uno de los criminales más buscados, que puso en jaque a las autoridades de cinco estados.

Bonnie ya había perdido las esperanzas con Clyde, pero en cuanto él la buscó, ya no volvieron a separarse; además de amantes, fueron cómplices, miembros de una banda acusada de múltiples delitos y con precio a su cabeza.

Por décadas, películas, series, canciones y leyendas colocaron a estos amantes en el imaginario colectivo con un halo de glamour.

Para Pareja, fueron varios factores los que influyeron en la fama de Bonnie y Clyde, como el hecho de que pertenecían a la primera generación que creció con el cine y se conducían como personajes de película, que eran muy fotogénicos y se fotografiaron ampliamente en su periplo, que la

prensa sensacionalista siguió sus pasos y, sobre todo, que uno de los poemas de Bonnie, *The Story of Suicide Sal*, decomisado por la policía, fue publicado en diversos periódicos del país.

"A la imagen de juventud y energía que derrochaban Bonnie y Clyde en sus fotografías había que sumarle ahora ese añadido romántico que se desprendía del hecho de que Bonnie escribiera poesía", dice Pareja. "La imagen de los dos era bellamente primaria, sincera y entusiasta, como el estilo de Bonnie a la hora de escribir".

Contaba la noticia la pintoresca historia/ de un gángster que había dejado a su chica./ Dos días después un fusil terminaba/ con la historia de "Sal, la suicida".

Pero esa simpatía que despertaron se esfumó cuando en menos de una semana asesinaron a sangre fría a dos jóvenes policías de tránsito en Texas y a un veterano oficial de Oklahoma.

Finalmente, fueron alcanzados por la policía. Cada uno recibió decenas de balazos. Al momento de su muerte, Bonnie tenía 23 años y Clyde, 25.



> Clyde Chestnut y Bonnie Parker



Somos Anáhuac

Maestría en Humanidades

Objetivo general

Dirigida a profesionistas de cualquier campo del conocimiento que deseen profundizar en los aspectos humanísticos de nuestro tiempo.

Este programa propone una visión integradora conformada por las cuatro grandes áreas: historia, literatura, arte y filosofía, con la finalidad de propiciar una comprensión amplia del humanismo en la cultura.

La Maestría en Humanidades se puede cursar como:

- Posgrado, con cualquier licenciatura de origen
- Diplomado Asociado, si se es autodidacta o no se cuenta con licenciatura
- Opción de titulación para licenciatura, con una carta de aprobación de la institución de procedencia

Horarios: Matutino, martes y jueves, de 10:00 a 13:00 hrs., o turno vespertino, de 18:00 a 21:00 hrs.

Duración: 8 trimestres, que se cursan en dos años

Fecha de inicio: Martes 6 de julio

Coordinación académica
Mtra. Laura Guajardo Davis D.
lguajard@anahuac.mx

Informes:

Centro de Atención de Posgrado y Extensión
Tels: (55) 5627.0210 exts. 7100 y 7190 y (55) 5326.8087
posgrado@anahuac.mx

Av. Universidad Anáhuac 46, Col. Lomas Anáhuac,
Huatxquillan, Estado de México, C.P. 52786

www.anahuac.mx



La Primavera (detalle), Botticelli (1482)

Opinión

NOÉ JITRIK

Temores reales

En una escena complementaria de *Romeo y Julieta*, pero importante para el desenlace de la tragedia, Fray Lorenzo, el buen sacerdote que intenta salvar a esas criaturas de su fatal destino, sale a recoger hierbas que crecen junto a la muralla que protege la ciudad.

Las conoce: algunas serán medicinales; otras, mortíferos venenos y ambas, conjugadas, resolverán el conflicto, desde luego que con la muerte, de ambos protagonistas de la triste historia.

Vínculo otra escena, ya no sé si de esta obra o de otras de Shakespeare, con el tema que se me va insinuando: alguien irrumpe en escena y exclama:

"¡la peste!". Impresionante en el efecto y, teniendo en cuenta que las pestes no faltaban en su siglo se podría inferir que al hacerse cargo de una situación real e inmediata, se trata en ambos casos de realismo, ese modo de hacer literatura, pintura, teatro y todo lo que sigue, que a través de la cultura occidental hasta nuestros días. Sobre eso escribió con extraordinaria finura Erich Auerbach en *Mimesis*, libro faro para entender esta idea.

Es cierto que desde fines del siglo 19, comienzos del 20 y del que nos toca en suerte, el concepto de realismo está más que discutido, atacado y semidesmenuado, aunque no del todo, como nos lo muestra mucha literatura de gran consumo, muchísimo cine y, desde luego, la televisión que, en general, sigue siendo muy realista.

Pero, volviendo atrás, de esa fuertísima tradición realista surgiría un rasgo operacional, a saber que el tal realismo procede por "representación". ¿De qué? Del mundo circundante mediante palabras o imágenes: todo arte es transcriptivo del mundo, aunque qué es el "mundo". Sin entrar en ese arduo asunto, durante el siglo 19, al menos y para la literatura, dicho mundo era más bien los múltiples conflictos sociales y políticos que una propuesta realista, al representarlos lo más fielmente posible, denunciaba en sus excesos, sus depravaciones, en suma los males sociales; el artista parecía, en con-

secuencia, tener la capacidad de describir ese horror y al mismo tiempo su superación, moral y aun política.

Cualquiera se da cuenta de que esa propuesta postulaba un imposible: el mundo, por más que se acoten sus límites, se resiste a ser representado, el realismo es un colador que deja escapar los líquidos más exquisitos y sutiles de la realidad. Pero, sea como fuere y correlativamente, otro imposible, de signo opuesto, toma forma y se tiende: nada, en verdad, se puede concebir si no es representando cuando hay de por medio un lenguaje. En este punto, si bien el arte occidental no pudo representar al "mundo" ni a la sociedad, que se le escapaba por todos lados, en cambio pudo hacerlo, más secretamente, capturando un movimiento secreto, algo, un sentimiento o una ideología, que recorría por debajo todas las figuraciones sociales. Así como la idea de la "fama" nutría los deseos y las acciones de todo actor renacentista, y la de la libertad en el siglo 18, la del temor siempre —al fuego demoníaco, a la peste, a lo extraño, a los sueños—, pero en particular durante del 19, 20 y 21. Temores diversos, expresados algunos, in formulados otros; me refiero, en este momento, a uno en particular, el temor a la enfermedad.

¿De qué manera se manifiesta un temor colectivo a la enfermedad? Hace algunos años observé que en las novelas naturalistas de fines del siglo 19 siempre había un personaje que ostentaba el título de médico: casi siempre llegaba a punto, en el momento dramáticamente preciso, para salvar a la heroína o al héroe y a veces, cuando no lo lograba, al menos de su boca salían sentencias que aludían a un estado de ánimo colectivo, a un temor social que a fines del siglo 19 tenía que ver con una demografía en riesgo, disminución de la natalidad, enfermedades desconocidas, mezclas raciales procelosas, miedos, en suma, que recorrían como un temblor acaso más fantástico que real a so-

ciudades que se sentían en riesgo.

¿Algo parecido pasa en la actualidad? La profusión narrativa es tan grande, 100 años después, y tan sometida todavía a un realismo representativo, que sería muy difícil centrar en un personaje la representación imaginaria del temor que recorre la sociedad actual en el momento actual. La enfermedad es una constante, sin duda, que lo diga si no la aparición del sida, tres décadas de terror; y la movida que provocó la influenza, dos años de temblor, pero como hay otros temores, el terrorismo, la inseguridad, las guerras, la vejez, el costo de la vida, etcétera, las narraciones los asumen de a uno, no hay una sola figura imaginaria que los exprese a todos. En la televisión ocurre lo contrario; numerosas, sobrealabundantes, series televisivas estadounidenses e inglesas se ubican en hospitales, y suelen resolver situaciones gravísimas, enfermedades insólitas que, encubiertas, estarían matando a sujetos en apariencia sanos; si las series encarnan el temor a la enfermedad, los médicos constituyen la esperanza de salvación.

No deja de ser extraña la proliferación de tales series televisivas hospitalarias y médicas, seguidas por millones de personas; y es extraño porque el enorme desarrollo tecnológico debería haber disipado el temor a la enfermedad. Y que esto suceda en un país en el que el nivel de vida y las garantías de salud son superiores a las de la mayor parte de los países del planeta hace más desconcertante el fenómeno. Algo debe estar pasando en ese plano porque tal multiplicación de propuestas de entretenimiento no sería ajena a un potente sistema de interpretación inmediata, perspicaz y rentable, de lo que una población siente y quiere. ¿La población estadounidense y la de los consumidores de su televisión tienen miedo a la muerte? Vaya novedad. Pero ahora y ahí, al parecer, mucho más y la televisión lo entiende, lo interpreta y lo emite y, subsecuentemente, alivia una tensión aunque ciertamente distrae de otros asuntos que quizá sean más reales que ese difuso temor a enfermarse gravemente y gozar de esa eficacia imaginaria que no parece reinar en los hospitales concretos, los que todo el mundo conoce.